

## LORENZO BOTURINI BENADUCCI

En Sondrio, Obispado de Como, Italia, nació el año de 1702, y falleció en España hacia 1755.

Educóse en Italia, de cuyas fuentes humanísticas se alimentó, habiendo influido en él las teorías de Juan Bautista Vico. Para 1735 se encontraba en España y de ahí pasa a la Nueva España, en donde dos grandes intereses sustentan su vida: promover el culto y la coronación de la Virgen de Guadalupe y desentrañar la historia mexicana, para lo cual se da a reunir su famoso Museo Indiano, compuesto de una serie de códices, manuscritos, escritos varios, dibujos y otros objetos relativos a la historia mexicana.

En 1743 se le acusa de haber entrado a Nueva España sin licencia y de introducir documentos pontificios sin el regio pase, por lo cual se le encarcela y deporta, habiendo perdido para siempre sus documentos históricos. En España, absuelto de los cargos, se le designa Crónista en las Indias, y desde allí redacta, entre 1744 y 1746, su *Idea de una nueva historia general de la América Septentrional fundada sobre material copioso de figuras, symbolos, caracteres y geroglíficos, cantares y manuscritos de autores indios, últimamente descubiertos*. Un índice de sus papeles o catálogo acompaña esa obra. Posteriormente, en 1749, concluirá el primer tomo de su *Historia General de la América Septentrional*, titulado *De la Cronología de sus principales naciones*. Todas estas obras formaban parte de un proyecto único. El primero era el proyecto o idea general, el catálogo representaba las fuentes utilizables y la cronología, la base temporal en que se movería.

Su *Historia General* no fue publicada sino hasta 1948 por Manuel Ballesteros Gaibrois, a quien debemos también la más completa biografía y el estudio mejor detallado de su obra: *Los papeles de Don Lorenzo Boturini Benaducci*. Madrid, Imprenta y Editorial Maestre, 1947 (Documentos Inéditos para la Historia de España. Papeles de Indias I); e *Historia General de la América Septentrional por el Caballero Lorenzo Boturini Benaducci, Señor de la Torre y de Hono, Cronista Real en las Indias*. Edición prólogo y notas por... Madrid, Imprenta y Editorial Maestre, 1948, LXVI-310 p., ils. (Documentos inéditos para la Historia de España. Papeles de Indias II.)

Fundamentales para la comprensión de la obra de Boturini son los estudios de José Torre Revello "Lorenzo Boturini Benaducci y el Cargo de Cronista en las Indias" *BIIHBA*, t. V, 1926-27, p. 52-61; y dentro del mismo *Boletín*, "El Caballero Lorenzo Boturini Benaducci y el manuscrito del tomo primero de su inédita Historia General de la América Septentrional", t. XVI, enero-sept., 1933, nos. 55-57. Muy útiles también los estudios de Alfredo Chavero, "Boturini" en *AMNAHE*,

la ép., t. III, 1886, p. 236-245; Patricio Antonio López, "Inventario de los documentos recogidos a Don Lorenzo Boturini por orden del gobierno virreinal". *AMNAHE*, 4a. ép., t. III, 1925, p. 1-55; Constantino Bayle, "El Caballero Boturini y la fracasada coronación de la Virgen de Guadalupe en México" en *Estudios Eclesiásticos*, Madrid, 1923, t. II, p. 183 y ss. Importante es el trabajo de J. García Icazbalceta, "Don Lorenzo Boturini Benaducci" *BBSHCP*, nos. 33 y 34, 15 abril y 1o. mayo 1955.

Fuente: Lorenzo Boturini Benaducci. *Historia General de la América Septentrional*. Edición, prólogo y notas de Manuel Ballesteros Gaibrois. Madrid, Imprenta y Editorial Maestre, 1948. LXVI-310 p. ils. (Documentos inéditos para la Historia de España, T. VI), p. 159-162.

### LAS FIESTAS DE QUETZALCOATL Y DE CAMAXTLI

Asimismo en Chollollan, donde se halla todavía aquel famoso cerro fabricado a mano de adobes y lodo dedicado al mismo Quetzalcoatl, dios del aire, se celebraba el Año Dios o intercalar, para cuya preparación el sumo sacerdote, ochenta y cuatro días antes de la fiesta, ayunaba cuatro días a pan y agua, ocupándose en oraciones y penitencias continuas. Pasados los dichos cuatro días, empezaba el público en general su ayuno de ochenta días; y los sacerdotes se encerraban en las salas de los templos sentándose sobre unas esteras arrimados a las paredes; no dormían los primeros sesenta días, sino dos horas al entrar del día y otras dos cuando anocecía; oraban continuamente, sacándose muchas veces al día sangre de sus cuerpos, y no se levantaban de aquel sitio sino para quemar incienso, para bañarse y teñirse de negro a la media noche, o para hacer sus necesidades. Ayunaban rigurosamente todos los sesenta días y en los veinte postreros se les daba algo más de comer y beber. En la vigilia se ocupaban adornando la imagen de Quetzalcoatl con preciosas vestiduras, plumas ricas, piedras exquisitas, y con joyas de oro y plata. Eran grandes ofrendas que se hacían y la fiesta era de las más ostentosas y ruidosas.

Aún mayores eran los ritos que en semejante ocasión se practicaban en Tlaxcallan, pues la fiesta de este año intercalar era muy solemne y le precedían 80 días de ayuno para los legos y 160 para los sacerdotes, acompañados de extraordinarias penitencias, a cuyo fin, algunos días antes que entrase el ayuno predicaba el sumo sacerdote a todos los ministros

de los dioses, esforzándolos a hacer la acostumbrada penitencia en honra de Camaxtli su mayor dios, y apercibía a todos que el que se sintiese flaco, o indispuerto, saliese dentro de cinco días de la casa de dios, porque si empezado el ayuno y penitencia no pudiese proseguir, sería degradado del sacerdocio, y se le confiscarían sus bienes. Luego se encaminaba, servido de dichos ministros, para la sierra de Matlalcueye, que dista cuatro leguas de la ciudad; y poco antes de llegar a su cumbre hacían alto los ministros, poniéndose en oración, y el gran sacerdote subía solo otra cumbre, entrando en el templo de la diosa Matlalcueye, ofreciéndole esmeraldas, plumas verdes, incienso y papel, y después de haber hecho fervorosa oración, se volvía a la ciudad con el mismo acompañamiento, esperándoles los criados de los templos con muchos haces de leña. Todos estos días comían y bebían los sacerdotes con abundancia, y los navajeros con gran tiento y devoción labraban muchas lancetas de piedras negras vidriosas muy afiladas, poniéndolas sobre mantas limpias y nuevas, y si alguna de ellas se quebraba, vituperaban al maestro, diciéndole que no había ayunado. Llegado el día de las penitencias, los sacerdotes ofrecían al sol dichas lancetas, cantándole versos de aplauso y agradecimiento que en aquel año intercalar se acabalasen los cuadrantes de días que habían sobrado en los años ordinarios. Luego, mudando de estilo, cantaban otros versos tristes y lloraban amargamente, subiendo de uno en uno las gradas del altar de Camaxtli, donde estaba el sacerdote que con dichas navajas oradaba a cada uno la lengua por el medio; y ellos, según la dignidad y el tiempo que servían a los dioses, pasaban ya ciento ya doscientas; pero el sumo sacerdote y los más viejos metían aquel día cada uno cuatrocientas y cinco varas más gordas por el agujero de las lenguas. Cumplida esta función, que duraba hasta medianoche, esforzabase el gran sacerdote a entonar un cantar y los demás a responderle, pero por causa de la sangre que les llenaba las bocas, no se oía sino un confuso y lastimoso barbullo. Ayunaban con rigor, sin poder comer pimientos ni bañarse, y estaban con el cuidado que no les cerrase el agujero de la lengua, porque a los veinte días, cuarenta, sesenta y a los ochenta habían de sacar por él tantas varas como habían sacado el primero, montando las solas varas que el gran sacerdote se había pasado por la lengua, dos mil y veinte y cinco. Al cabo de los ochenta días comían un ramo verde en el patio del templo, como señal que había pasado la mitad de aquella cuaresma, y

que todavía quedaban otros ochenta días de ayuno. Quemábanse las varas penitenciales en el patio, habiéndolas antes presentado a Camaxtli. En los segundos ochenta días se metían por el agujero de las lenguas otras varas delgadas, aunque no tantas como antes, y cantaban con voz interrumpida del dolor de renovarse las antiguas heridas. Salían algunos con ramos verdes en las manos por la ciudad y pueblos a pedir limosna, y les daban mantas, plumas y cacao, y otros blanqueaban las paredes del templo. Imitaba el pueblo el ayuno de los sacerdotes en estos últimos ochenta días, comiendo poco, sin sal y pimienta, sin beber vino, sin bañarse ni llegar a mujer alguna, manteniendo siempre encendido el fuego en sus casas. Tres días antes de la fiesta se pintaban los sacerdotes de varios colores, y bailaban todo el día de la víspera y aderezaban la estancia del ídolo con ricas vestiduras y una máscara en la cara. Poníanle en el brazo izquierdo una rodela de oro adornada de plumas y en la mano derecha una flecha con su punta de pedernal y le ofrecían muchos animales. A media noche sacaban el *fuego nuevo*, rociándole con la sangre de un prisionero de guerra que sacrificaban a este fin, y los sacerdotes se iban cada uno a su templo, donde en el día de la fiesta sacrificaban otros muchos prisioneros y esclavos, cuyas carnes servían para abastecer las mesas de los sacerdotes y caballeros de distinción.